

UN RATO DE CHARLA CON LAURI-VOLPI

El tenor italo-valenciano que goza de fama universal, que es capitán del Ejército italiano por méritos contraídos en la Gran Guerra, que es abogado y que repudia a la "claque"

La noticia de que Lauri-Volpi, el famoso tenor italo-valenciano, camarada y amigo, cuyo nombre evoca un mundo de recuerdos, daba por terminado en su quinta de Burjasot el breve período de descanso estival, suscitó en mi curiosidad periodística la repentina resolución de buscar las confidencias del artista. No he de hacer un elogio más de su arte pulcro, que no lo necesita. Lauri-Volpi goza de las delicias de una fama universal y de los prestigios y adoraciones que envuelven a los divos en una nube de perfumes, de alabanzas, de cosas gratas, halagadoras a los sentidos y al espíritu.

Si en la interpretación musical de las óperas se aceptan como inconcusas las tres condiciones que Rossini exigía al cantar: «voz, voz y voz», Lauri-Volpi puede aspirar, con justos títulos, a ser el artista ideal. Precisamente su voz potente, armoniosa, varonil, es el pasaporte que le ha abierto desde los comienzos de su carrera, hace doce años, las puertas de todos los grandes teatros del mundo.

Es, pues, su campaña futura, los secretos del cantante que ha triunfado de críticos y comentadores, lo que interesa, para servirlos al curioso lector inéditos y en su propia originalidad.

Con este plan decidí franquear la cancela que oculta el bello panorama de una huerta luminosa y espléndida, jardín poblado de flores y jazmines, de palmeras, mirtos y arrayanes.

Ante la casa, ni grande ni pequeña, pero alegre y soleada, creo en la realización de un cuento persa. Lujo de trofeos conquistados por el divo; salas que evocan los recuerdos de todos los países; éxitos y triunfos de la vida del artista; unos títulos académicos que decoran la estancia. Todo... velado por una media luz que baña unas habitaciones en llamas rojas y otras en reflejos violeta.

Así es la grata y confortable residencia de unos moradores con vida, no de una vida extraña, sino de una vida modesta, sin ostentaciones, pero llena de gloria y felicidad.

Lauri-Volpi se adelanta a recibirme. Es un *gentleman*.

—Perdone, Lauri, la indiscreción que cometo; pero me gusta siempre la entrevista por sorpresa, en estos momentos de distracción, cuando el espíritu está menos vigilante y es mayor la sinceridad.

—Pues aquí me tiene usted dispuesto a cuanto quiera preguntarme—contesta, mientras con ademán elegante y sencillo me invita a tomar asiento, y el fotógrafo, Badía, que me acompaña, prepara el magnesio.

—¿Es usted italiano?

—Sí. Y casi valenciano—me contesta con entusiasmo—. Los dos nombres, Italia y Valencia, van siempre llenos de poesía, de añoranza, de voluptuosidad.

—Si no quiere molestarse hablando en español, puedo entenderlo en su idioma.

—¿Conoce usted mi patria? —pregunta. Y sin esperar respuesta, prosigue:— Es el único país de savia recia, eternizada, potente, cuya visión supera siempre a las descripciones y alafantasia de los artistas.

Escucho sonriente y complacido la evocación de su patria.

—También Valencia—dice con naturalidad—es cuna de sabios y de artistas. Está llamada a ser, por su moderna urbanización, un palacio, y por el arte, un museo, como es ya por la natu-

raleza un jardín y por la piedad un templo.

—Ha sido usted un héroe de la Gran Guerra, ¿verdad?

—Hice toda la guerra en las trincheras por un acto de gran contrariedad. Me quedé sin padre a los cinco años. Por no tener dinero' hube de cursar la carrera de Derecho con libros de las bibliotecas de Roma, adonde acudía diariamente a pie por carecer de medios económicos; y cuando precisaba de alguna suma para el título, no la encontré. Desesperado, senté plaza, ascendiendo, de soldado raso, a capitán del Ejército por méritos de guerra. Cuando buscaban un voluntario para un acto heroico, llevar un aviso, cruzar el campo, exponerse ante el peligro, me presentaba yo.

—¿Y cómo fué torcer su carrera militar para hacerse artista?

—Verá. Yo cantaba en el campamento, en el silencio de aquellas noches sin luna, y se me aplaudía. Terminada la guerra, se preparó mi aparición en la escena con gran propaganda preliminar, como el héroe de la guerra. Debuté, bajo los mejores auspicios, en el Constanzi, de Roma, con la Storchio, en *Rigoletto*, y fué tan grande el éxito, que el empresario, señor Zenatello, me contrató para el Real.

—¿En qué teatros actuó usted?

—Ocho temporadas consecutivas en el Metropolitan, de Nueva York. Seis en el Teatro Colón, de Buenos Aires. Tres en la Scala de Milán y Real, de Roma. Tres en la Opera, de París. Dos en el Real, de Madrid. Una en el Liceo, de Barcelona. Dos en el Shaatsoper, de Berlín. Dos en el Real, de Budapest. Una en la Opera, de Viena. Tres en el Municipal, de Río de Janeiro. Dos en el Covent Garden, de Londres. Uno en Santiago de Chile y uno en California, sin contar las funciones extraordinarias y conciertos que he cantado en otros importantes teatros de Europa y América.

—¿Y en qué teatro—interrogué después de un breve silencio—comienza ahora su *tournee* artística?

—En el Metropolitan, de Nueva York, a primeros de Noviembre, donde permaneceré hasta el primero de Febrero; tomaré parte en treinta funciones. Me trasladaré a Montecarlo, donde permaneceré desde el 20 de Febrero al 26 de Marzo, para cantar diez funciones. Pasaré a Berlín para dar un concierto en la Filarmónica y actuar en diez funciones más, durante el mes de Abril, en las principales capitales de Alemania.

En Viena, Budapest, Dinamarca, Suecia, Noruega y París he de dar diez funciones durante el mes de Mayo. A primeros de Junio embarcaré para Buenos Aires, en cuyo Teatro Colón tengo escrituradas diez funciones extraordinarias, y a fines de Julio o primeros de Agosto volveré a Valencia para descansar solamente unos días. El 15 de Septiembre tengo que cantar en California, para ya reintegrarme de nuevo al Metropolitan, de Nueva York.

—¿A qué fué debida—pregunté indiscreto—una campaña de Prensa recientemente iniciada y fracasada en su propio país?

—A un mal entendido deseo del Comité del Consorcio Lírico, insti-



El tenor Lauri-Volpi en «El Trovador»



La casa de Lauri-Volpi, alegre y soleada. El famoso tenor con su hermano político, Emilio Aguilar